RESEÑAS

MIRANDA, GIOVANNI, *Osservazioni della lingua castigliana*, edición y estudio de Juan M. Lope Blanch, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, xlii + 440 págs.

Dentro de la espléndida producción gramatical y lingüística del renacimiento español, ocupan sin duda un lugar destacado las *Osservazioni* de Giovanni Miranda (Venecia, 1566), el más importante de los tratados del siglo XVI destinado a facilitar el aprendizaje del español a hablantes de otras lenguas, en este caso, de italiano.

Juan M. Lope Blanch, gran estudioso de la historiografía lingüística española a la que ha dedicado numerosos y valiosos trabajos —algunos de ellos recogidos en sus *Estudios de historia lingüística hispánica*, Madrid, Arco Libros, 1990—, y editor de algunas obras destacadas dentro de la producción lingüística del Siglo de Oro, como el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés o la *Gramática de la lengua española* de Jerónimo de Texeda, nos ofrece ahora una edición de las *Osservazioni* de Miranda. Se reproduce en ella la cuarta edición (1569), que es reproducción exacta de la *princeps*, acompañada de un estudio introductorio. Lope Blanch ya se había ocupado con anterioridad de esta obra en «Las *Osservazioni* de Giovanni Miranda» (*Historiographia linguistica*, XXIV, 1-2, 1997, págs. 29-40); pero la información que nos ofrece en el prólogo de esta edición, además de aprovechar lo que ya había apuntado en este trabajo sobre la estructura de la obra, desarrolla otros muchos aspectos: nos proporciona las escasas noticias biográficas conocidas sobre el autor, sitúa la obra en la época teniendo en cuenta sus relaciones con otros textos de carácter lingüístico, fijándose en las relaciones con aquellos que más pudieron influir en su elaboración, especialmente *Il paragone* de Alessandri d'Urbino y las *Osservazioni nella volgar lingua* de Lodovico Dolce, así como la influencia que ejerció sobre textos posteriores, entre ellos la *Grammaire et observations de la langue Espagnolle* de César Oudin.

Como pone de relieve Lope Blanch, las *Osservazioni* de Miranda son realmente más que observaciones, pues constituyen un cuerpo de doctrina completo y coherente —con la excepción del estudio de la sintaxis oracional, de la que por otra parte no se ocupan los textos gramaticales de la época— dividida en cuatro partes; que se dedican, el primero al estudio del artículo, del nombre sustantivo y adjetivo,

y de los pronombres; el segundo a la morfología verbal; el tercero a las partes invariables de la oración, y el cuarto a la ortografía. Hay, eso sí, además de la estructura gramatical básica, abundantes observaciones de diversa índole: semántica, lexicológica, fraseológica, etc.

Aunque no faltan las explicaciones de tipo teórico, el propio carácter de la obra de Miranda hace que la orientación sea eminentemente práctica. En este sentido, y dado que la obra está destinada a receptores italianos que deseen aprender español, encontramos, hasta cierto punto, un precedente de la lingüística comparada, pues muchas veces lo que le interesa destacar a Miranda son aquellos usos del español que difieren del italiano (y al hacer esto a menudo pone de relieve características peculiares del castellano), como el uso del artículo neutro, la preferencia, aún en la época de Miranda, por la colocación del pronombre átono encabezando un grupo fónico; o el peculiar uso de los pronombres *él / ella* como forma de tratamiento intermedio entre la forma de respeto *vuestra merced* y la de confianza e inferioridad *vos*; o el uso de *estar* y *haber* en casos en que el italiano usaría *essere*. Otras veces se demora en la explicación de determinados usos, como los valores específicos que pueden presentar los diminutivos en *-illo*, *-ito* e *-ico*, etc.

En definitiva, nos hallamos ante la edición de un texto importante en la historia de los estudios lingüísticos del español, y esto siempre resulta gratificante y eminentemente útil al proporcionar una mayor facilidad para su manejo a todos los estudiosos y personas interesadas en este tema. Por otra parte, la introducción de Lope Blanch da una interesante información, orienta convenientemente al lector respecto a la obra que se le presenta y ayuda a situar adecuadamente la obra de Miranda dentro de la tradición lingüística española y europea.

F. JAVIER HERRERO RUIZ DE LOIZAGA
Universidad Complutense de Madrid

CONDE SALAZAR, MATILDE Y MARTÍN PUENTE, CRISTINA, *Lexicografía y lexicología latinas (1975-1997)*. *Repertorio bibliográfico*, Manuales y Anejos de *Emerita* 40, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998, 288 págs.

La obra que nos ocupa no entra dentro del tipo o categoría más abundante dentro de los trabajos dedicados a la Antigüedad grecolatina. Prueba de esta afirmación es el exiguo número existente de repertorios similares, es decir, que tienen por objeto de estudio la lexicografía y la lexicología, a lo largo del siglo xx. Tres son las obras anteriores, antecedentes sólo en parte de la que reseñamos: las de Rowald, P., *Repertorium lateinischer Wörterverzeichnisse und Speziallexica*, Leipzig 1914, Faider, P., *Répertoire des index et lexiques d'auteurs latins*, París 1926 y Quellet,

H., *Bibliographia indicum, lexicorum et concordantiarum auctorum latinorum*, Hildesheim 1980. Una somera comparación entre los títulos citados y el que reseñamos muestra la primera diferencia: las obras anteriores sólo repertoriaban diccionarios. El nuevo repertorio bibliográfico incorpora la novedad de recopilar los estudios sobre el léxico latino e incluso algunos sobre el griego, pues hay dos apartados, el 7.2 y el 7.3, dedicados respectivamente a las palabras griegas en latín y palabras latinas en griego. Y si bien no son los apartados más extensos, son muy importantes como punto de partida para el estudio de los préstamos y calcos semánticos, reflejo de la interrelación entre ambas lenguas. Esta novedad ha sido destacada por Benjamín García Hernández, que ha prologado la obra y que expone: «el gran mérito de este repertorio está en el acierto de conjuntar lexicografía y lexicología, siendo así que ambas disciplinas han seguido, por tradición, derroteros distintos. Por eso, entiendo que hay aquí una apuesta seria por una lexicografía más lexicológica».

Personalmente creo que hubiera sido deseable que las autoras hubieran dado una breve definición del contenido de estos términos que dan título a la obra y que son mencionados de pasada en la Introducción: «en muchas ocasiones hay dificultad para separar los trabajos lexicográficos, y sobre todo los lexicológicos, de los de sintaxis, morfología e incluso de historia de la lengua» (pág. 13), pues aluden al problema de los diversos sentidos de «lexicografía» y «lexicología», pero no se detienen en él. Una aclaración sobre el contenido de los conceptos implicados permite comprender mejor los límites metodológicos en relación con la inclusión o no en el repertorio de un determinado trabajo.

En otro orden de cosas, los límites cronológicos sí que están claramente delimitados. Primero en el título, donde se alude al último cuarto del siglo xx, como lapso de tiempo en que se han publicado las obras repertoriadas (en algún caso se ha añadido alguna cita que está fuera del límite cronológico fijado, por ejemplo: Ernout, A., «Les noms en *-ago, -igo, -ugo* du latin», *Philologica* 1, 1946, págs.165-192, pero es difícil, a veces, rechazar una información que no está recogida en otros sitios). Además se han establecido subdivisiones internas dentro del marco cronológico general. Así, el tercer apartado o epígrafe «Léxicos de Autor» presenta estas divisiones: 3.1 Autores hasta San Isidoro, 3.2 Autores medievales, 3.3 Autores renacentistas. En ocasiones convendría haber explicado las etiquetas cuando pueden suscitar dudas, como la inclusión de Babrius bajo la entrada «Autores medievales»; al lector le queda la duda si es un error o tiene alguna justificación, pues generalmente Babrius es fechado en el siglo II o III d. C. y tampoco se aclara si se considera a un autor latino o griego por nacimiento, estilo o formación o por la lengua en la que escribe su obra. Los límites respecto a lo griego que se selecciona no están definidos.

La Introducción consiste en una breve explicación de los 11 epígrafes en que se ha dividido la Bibliografía con sus respectivas subdivisiones. Damos cuenta de los apartados que sirven de guía sobre el contenido bibliográfico: 1. Misceláneas. 2.

Obras de referencia: diccionarios, léxicos, glosarios, diccionarios de frecuencia. 3. Léxicos de autor. 4. Tratados teóricos (sobre lexicología, lexicografía, semántica, traducción). 5. Trabajos sobre campos léxicos y esferas técnicas. 6. Estudios sobre familias léxicas. 7. Estudios sobre palabras concretas. 8. Estudios sobre etimología. 9. Estudios sobre léxico específico de un ámbito geográfico. 10. Estudios sobre un período concreto. 11. Trabajos sobre onomástica y toponimia.

Sobre la pertinencia de los distintos epígrafes pueden existir diferencias de opinión o planteamiento. Mencionaremos sólo que los epígrafes 6 y 7 podrían haberse unido, puesto que el motivo de su separación (según apuntan las autoras en pág.15) es que en el 6 se incluyen los estudios sobre familias léxicas que tienen una relación gramatical, pero hemos constatado que en los dos apartados aparecen artículos que tratan de sufijos gramaticales. Las distintas referencias y remisiones son muy interesantes y útiles, pero a veces no demasiado explícitas, por ejemplo, en el epígrafe Estudios sobre familias léxicas, *s.u.* Bader, F., se hacen dos referencias poniendo: «cf. palabras 1». Esta indicación quedaría más clara escribiendo: cf. 7.1, es decir, los números de la división y de la subdivisión de los epígrafes, pues el término «palabras» sólo es deducible después de leer las dos páginas del índice de que consta este repertorio bibliográfico y por eliminación.

Los índices de autores, de palabras, nombres y expresiones latinas y de palabras griegas son exhaustivos (cincuenta páginas) y no podían faltar en una obra de estas características. Finalmente, y es un dato muy encomiable, las autoras, dando una muestra de su acribía, han realizado una fe de erratas (añadida al final), donde la mayor parte de las correcciones se refieren a errores de acentuación o escritura del griego (problemas originados por la menor familiaridad con los teclados de escritura griega), que demuestra su interés por conseguir la mayor exactitud. Apuntamos algunos deslices simplemente con el ánimo de que sirvan como correcciones para futuras reediciones: en pág. 83 *s.u.* Martínez Hernández hay duplicidad en las entradas dos y tres que aportan distintos datos de la misma obra; en el Índice de autores, *s.u.* Montero Cartelle hay que añadir: pág. 212, donde también aparece el mencionado autor.

El trabajo de elaboración de este tipo de repertorios nunca es suficientemente valorado, a pesar de que facilita la investigación y ahorra mucho tiempo en la búsqueda de bibliografía y en este caso, además, de bibliografía reciente ya cribada. La proliferación de información que proporcionan las nuevas tecnologías precisa, por una parte, de recopilaciones selectivas, que distribuyan y cataloguen los datos, y por otra, de la recogida de materiales que, por diferentes motivos, no han entrado en los catálogos estándar y podrían pasar inadvertidos. Ambos objetivos están sobradamente cumplidos en este nuevo repertorio bibliográfico.

PILAR BONED COLERA
Universidad Complutense de Madrid

HERNÁNDEZ ALONSO, CÉSAR Y SANZ ALONSO, BEATRIZ, *Germanía y sociedad en los Siglos de Oro. La cárcel de Sevilla*, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 1999, 526 págs. con fotografías.

Los estudios filológicos sobre la germanía, con inclusión de textos en algunos de ellos, tienen tradición en su investigación. Las aportaciones al tema del hispanista norteamericano John M. Hill (*Poesías germanescas*, de 1945 y *Voces germanescas*, de 1949) y de José Luis Alonso Hernández (*Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*, de 1976 y *El lenguaje de los maleantes españoles de los siglos XVI y XVII: la germanía*, de 1979) son un gran avance a los trabajos anteriores de Rafael Salillas (*El delincuente español. El lenguaje*, de 1896 y «Poesías rufianescas: Jácaras y bailes», en *RH* 13, 1905) y Luis Besses (*Diccionario del argot español*, de 1906) por citar a los más sobresalientes (se puede recordar la época de Carlos Clavería por algunas de sus contribuciones, como «Argot» en *ELH* 2, de 1967).

El impreso es muy completo al reunirse el estudio lingüístico, el aspecto social e histórico de los germanos y el conocimiento filológico, ya que se editan de manera crítica y anotada los manuscritos de la *Relación de la Cárcel de Sevilla*. Sigue una selección de textos de la germanía de los siglos XVI y XVII que enriquecen el conjunto de la publicación.

Para estructurar el contenido, se ha dividido en tres partes el libro. La primera comprende el análisis de lo que fue la germanía, de sus miembros (una jerarquizada minisociedad, críptica por sus peculiares actividades), que vivieron al margen de la ley dado el talante de sus componentes. Se tienen en cuenta sus estrechos contactos con la prostitución de la época, otra clase de marginación lucrativa. Un mundo muy atractivo, cuya mentalidad creó un léxico esotérico que pasó a la Literatura, estudiado hasta con su etimología cuando se discrepa de anteriores aportaciones. A continuación sigue en el impreso una apretada minihistoria de lo que debió ser la cárcel sevillana, fundada por Fernando III y completada por su hijo Alfonso X. En esta segunda parte es donde publican la edición crítica, anotada y cotejada con textos afines de la *Relación de la cárcel de Sevilla* según los manuscritos de la Biblioteca Colombina, el llamado A, más antiguo, y el conservado en el Archivo Municipal hispalense, designado como B, del primer tercio del XVIII. Se supone que esta copia fue encargada por el marqués de Valhermoso, o por el arquitecto Juan Navarro con motivo del informe técnico mandado hacer por el marqués a instancias de la Corona, informe incompleto al no conservarse los planos. Muy importante es que en el estudio se llega a la conclusión de que Cristóbal de Chaves y Juan Hidalgo, a quien se atribuye el *Vocabulario de germanía*, impreso barcelonés de 1609, son una misma persona. Aquel fue el autor de las dos primeras partes de la *Relación*, mientras la tercera es de otra pluma, de donde el razonamiento de por qué no llegó a escribirla Chaves cuando indica el propósito, además de la confesión de tener recopilado un vocabulario germanesco. Se recoge la hipótesis de Bartolomé José Gallardo de si

Cervantes pudo ser el autor de la última parte al haber conocido a Chaves en la década de los años noventa del siglo xvi. Se ha cotejado la *Relación* con otros textos de contenido semejante para enriquecer las anotaciones. La última parte del libro reseñado son Apéndices, donde se recoge el *Entremés famoso de la cárcel de Sevilla*, publicado en la *Séptima Parte* de las comedias de Lope de Vega (1617) sin ser suyo, entremés inspirado en la *Relación*. Y se completa la antología con 26 piezas más, algunas representadas con sólo fragmentos dada su extensión, de los siglos xvi y xvii. Se percibe la evolución lingüística de tales textos en verso y prosa debidos a escritores como Rodrigo de Reinosa, Feliciano de Silva, Francisco López de Úbeda, Hidalgo, Cervantes, que demuestra conocer muy bien la germanía, Quevedo, «que llegó a crear casi una nueva germanía, fruto de su conocimiento de esos ambientes y de su potente imaginación» (pág. 47), y otros desconocidos autores, para concluir el impreso con el Vocabulario germanesco de la antología.

La aportación profunda y variada de la investigación me sugiere un par de breves comentarios. Uno surge de la inclusión en la antología anotada de quien padeció la ironía cervantina por el estilo de sus obras caballerescas, y la ausencia de quien fue maestro al desarrollar el anónimo auto I en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. La explicación que creo más razonable para incluir a Feliciano de Silva, autor de *La segunda Celestina* (Medina del Campo, 1534, llamada popularmente en la época la «Resurrección de Celestina»), y faltar un fragmento de la obra de Fernando de Rojas, debe ser que no hay apenas germanía en su léxico (sí aparece *porqueros* en el llamado *Acto de Traso*, «sacado de la comedia que ordenó Sanabria», incorporado en la tardía edición de 1526). Y en el otro extremo temporal situamos el segundo comentario surgido de la lectura del entremés *Las galeras de la honra* de Agustín Moreto (1618-1669)¹, quien se burla en el texto de los que atienden al pundonor sin faltar jamás en nada, por timidez o por miedo a enfrentarse a las costumbres de la sociedad barroca. Donde se usa una mezcla de vocablos que el lector sabrá tipificar y cuyo móvil es la parodia dramática. Veamos algunos ejemplos. «Borja.— [...] Los que al pundonor atienden, / sin faltar jamás en nada, / vengo yo a echar en galeras, / porque paguen su ignorancia. / Ante mí han de parecer, / y su culpa averiguada, / el rebenque de la honra / les zurrará la badana» (fol. 253, col. 1). «Muger 1.— [...] Callar, / y sufrir y padecer. / Borja.— Pues tan obstinada estáis, (Cantando) forçada de la honra, a / remar, a remar. / Todos.— Forçada de la honra, / a remar, a remar» [se repiten los versos cantados varias veces en el texto] (fol. 254, col. 1). «(Al entrar la niña, salen todos cantando) Muger.— ¡A, señor alcalde! Escuche, / todos quantos aquí están / darán la vida por no / perder su puntualidad. / (Cantando Borja) Borja.— Ya sé que es gente obstinada, / y de vida apo-

¹ Publicado en *Avtos sacramentales y al Nacimiento de Christo con sus loas y entremeses*, Madrid, Antonio Francisco de Zafra. 1675, folios 253-256. Cito por el ejemplar de mi biblioteca.

rreada, / y pues no está escarmentada, / ni al reuénque ni a la sogá, / ¡ay!, que voga, canalla, voga, / ¡ay!, que voga, canalla, voga!» (fol. 255, col. 2). Es cierto que no se sabe la fecha del entremés *Las galeras*, pero al pertenecer a la escuela calderoniana su composición puede ser tardía.

Hay otro aspecto de la obra merecedor de comentario: el atender a la geografía urbana (Alonso Hernández en su citado estudio *El lenguaje de los maleantes españoles* distinguió los periodos históricos de la germanía y su extensión territorial). La topografía urbana y las fotografías muestran muy bien los sitios frecuentados por los pícaros, los lugares de las mancebías, etc. Y se habla de la Plaza de la Olivera en Valencia, lugar donde hubo un famoso teatro y que Calderón cita en una de sus comedias de ambiente valenciano, ya que viajó a la capital del Turia, así como Cervantes lo incluye en la famosa cita del Quijote donde indica los grandes enclaves de la picaresca española².

El estudio de *Germanía y sociedad* se completará con un *Diccionario*.

JOSÉ CARLOS DE TORRES
CSIC

FERNÁNDEZ PÉREZ, MILAGROS, *Introducción a la lingüística. Dimensiones del lenguaje y vías de estudio*, Barcelona, Ariel, 1999, 334 págs.

Fruto de la experiencia de la autora de este manual —ha trabajado en ámbitos tales como el epistemológico, la constitución interna de la lengua (concretamente en el campo morfológico), la lengua en coordenadas externas (es el caso de sus trabajos en sociolingüística) o más recientemente destacamos su vínculo con la lingüística aplicada— hallamos ante nosotros una obra madura y coherente. Se trata de una Introducción destinada tanto a los docentes como a los estudiantes, tanto a los iniciados en el tema como a los que sólo mantienen un lazo de interés con la lingüística. Esto es así por el grado de comprensibilidad y claridad que ofrece sin perder de vista el rigor científico que debe marcar una obra de este calibre.

Dedicaré unas líneas a presentar la estructura y los contenidos de este manual para luego destacar las constantes que a lo largo de toda la obra pueden resultar útiles y de interés para un posible lector despierto y curioso o para un posible estudio de la disciplina lingüística.

Componen el escrito dos partes diferenciadas por el tema sobre el que versan. La primera gira en torno a la materia de estudio de la lingüística, mientras que la

² Q I, 3, Véase nuestra comunicación «La ciudad literaria en el juego dramático de las comedias de Calderón», en *Actas del Congreso Internacional Caminería Hispánica V*, con mapa de la antigua ciudad de Valencia.

segunda se alza alrededor de la lingüística como ciencia mediante una mirada escrutadora sobre sí misma. A propósito de esta estructura quisiera destacar el equilibrio que rige toda la obra. No se dejan ver excesos al tratar temas que quizá sean, hoy por hoy, los de mayor interés para la autora, ni se encuentran carencias temáticas, lo que sin duda permitirá a quienes se introduzcan en este terreno tener una visión general, completa y globalizadora de lo que es la lingüística.

Como antesala de estos dos bloques el capítulo primero ofrece una perspectiva integradora de lo que será la obra. Acerca al lector a la diversidad de los fenómenos lingüísticos como hechos comunicativos («sólo son si comunican»). Como resultado de esta heterogeneidad, la autora defiende la necesidad de planteamientos y métodos que regulen, estructuren, sistematicen esta compleja y rica diversidad. Es también esta característica la que ha provocado numerosos frentes o vías de estudio en torno al lenguaje y las lenguas; este es uno de los hechos que, según Fernández Pérez, han propiciado el crecimiento interno de la disciplina (junto a la propia curiosidad del estudioso).

Retrata la autora la doble naturaleza del lenguaje (social y biológica) para justificar así los diferentes objetos de estudio nacidos en el marco lingüístico. Esta doble faz conduce a otras dimensiones que también, a su vez, se concretan en nuevos focos de interés. Se trata de las dimensiones cultural, simbólica, psicológica y neuronal (serán estas cuatro vertientes las protagonistas del primer bloque del manual). Relacionado con ellas se plantean situaciones que requieren de una faceta resolutive o aplicada, que se ha desarrollado de forma notable en los últimos años.

Ya en este capítulo se observan algunas de las constantes de la obra: defensa de los hechos lingüísticos como en primera instancia comunicativos, la variedad y la heterogeneidad como inherentes a estos hechos (por lo que no nos podemos olvidar de su reconocimiento y estudio) y una fuerte llamada hacia el empirismo, hacia lo comprobable, lo real y existente y en último caso, lo que está a nuestro alcance como investigadores.

Comienza de este modo la primera parte de la obra: «La lingüística y su materia de estudio», centrada, como ya dije, en el lenguaje y sus dimensiones (las cuales sirven como criterio para estructurar su estudio de modo ordenado).

El capítulo dos, «El lenguaje y su naturaleza social», está fuertemente relacionado con lo expuesto hasta ahora: el reconocimiento del lenguaje como fenómeno heterogéneo y social. Defiende la autora en este capítulo la necesidad de abordar los hechos lingüísticos tal como son, sociales, lo que implica aceptar la variación como su característica básica. ¿Cómo estudiamos un objeto como este? Proponiendo pautas de clasificación. En primer lugar se distingue en el manual la variación dentro de las lenguas (intraidiomática) y entre las lenguas (interidiomática). En cuanto a la variación intraidiomática la autora trae a colación la propuesta del lingüista F. Saussure (no podría obviarse su diferenciación entre «lengua» y «habla» aunque tal distinción ya no se mantenga en la actualidad; Fernández Pérez cita a autores y

obras recientes y actuales pero no se olvida de personajes tan importantes como el lingüista ginebrino u otros autores de principios del siglo xx), pasando luego a la acertada distinción de E. Coseriu entre «sistema», «norma» y «habla» (este será una autoridad a la que en numerosas ocasiones se remita la autora). Tras exponer estas claves metodológicas encontramos una referencia a la aportación de la sociolingüística y la geolingüística en el ámbito de la variación.

En cuanto a la variación interidiomática, se presentan conceptos como «lengua por distancia», «lengua por elaboración», «lengua nacional», «lengua oficial», «sabires», «lengua pidgin» y «lengua criolla». Concluido este recorrido, el empirismo en su vertiente más dura aparece de nuevo en escena, esta vez de la mano de los enfoques tipológicos. A lo largo y ancho del globo aparecerán características que nos permitan establecer gradaciones y rasgos comunes mediante los que obtendremos «tipos de lenguas» (nos acercamos así a la unidad y a la diversidad de las lenguas). La lingüística lo es de las lenguas (y no del lenguaje), la obtenemos de la diversidad (y no de un modelo o de una lengua).

En el capítulo tres, «El lenguaje y su carácter simbólico», se trata uno de los temas más densos para los no iniciados en lingüística. En cualquier caso, la presentación de la información permite seguir la exposición con comodidad. Trata la autora en este apartado la dimensión simbólica o representacional del lenguaje. Relaciona esta faceta del lenguaje con la cognición y la antropología para dar paso a una presentación sencilla acerca de las señales (indicios, símbolos y —especialmente— signos). La arbitrariedad del signo lingüístico se aclara justo antes de la reflexión acerca de la carga icónica o sígnica de los intervinientes en la comunicación.

Es en este capítulo en el que se presentan las herramientas metodológicas para abordar «el estudio de la constitución semiótica del lenguaje con garantías de rigor, objetividad y justificación», cuatro principios estructurales acometen esta tarea: oposición, funcionalidad, sistematicidad y neutralización. Como complemento de estas claves de trabajo la autora nos presenta la propuesta de L. Hjelmslev para diferenciar las unidades lingüísticas en torno a las que surgirán las diferentes «divisiones».

Fernández Pérez expone a continuación el carácter simbólico de los usos lingüísticos en el que influyen el entorno cultural, pragmático y social.

El capítulo cuatro, «El lenguaje y su naturaleza neuropsicológica», es probablemente uno de los más atractivos para quienes se introducen por primera vez en el terreno de la ciencia del lenguaje. Guían este capítulo la distinción entre capacidad y habilidad, el reconocimiento del lenguaje como facultad emergente (tanto en la filogenia como en la ontogenia), y la consideración de los objetos de estudio de dos disciplinas como son la neurolingüística y la psicolingüística: la lateralización, localización y procesamiento en el caso de la primera y la adquisición de la lengua (etapas y requisitos básicos para que se produzca) en el caso de la segunda.

En el desarrollo de estos temas no se hace una presentación excluyente o discriminatoria. Se da cabida aquí a todas las corrientes y escuelas, justificando después la validez de cada una de ellas o su carácter no científico.

Para cerrar el capítulo la autora opta por la vertiente aplicada relacionada con la dimensión neuropsicológica del lenguaje: las patologías lingüísticas, en las que, tras clasificarlas y considerarlas brevemente, se pone de relieve la importancia de la «convergencia de lo cerebral y lo funcional».

La segunda parte de la obra, «La lingüística: sus bases en la historia y su configuración actual», se centra en las bases historiográficas de la lingüística, en su existencia en la actualidad y en la epistemología de la lingüística.

El capítulo cinco, «La lingüística y sus fundamentos», tiene como norte justificar los objetos, objetivos y metodologías que se han estudiado, buscado y utilizado a lo largo de la historia de la lingüística. El progreso y la evolución de esta ciencia la observamos al considerar el cambio sufrido en estos tres ámbitos.

Por otra parte, la autora es partidaria de seguir un criterio selectivo para explicar la situación actual de la lingüística. No pasa inadvertida la imagen gráfica de la espiral que muestra el paso de la teoría a los datos en las diversas etapas que ha atravesado nuestra disciplina.

De nuevo se exige aquí una base empírica para hacer una teoría sobre las lenguas (vs. teoría del lenguaje). Descartaremos las conjeturas o lo hipotético para partir de lo real o de los hechos observables.

El capítulo seis, «La lingüística en la actualidad», hace un recorrido a través de la lingüística de nuestros días, cómo se ha configurado en lo que hoy es y cómo podemos esperar que se desarrolle en el futuro. Destaca la autora la importancia que en estos cambios ha tenido el carácter utilitario de la época, los avances tecnológicos (presentes en todo el manual), la corriente natural y la investigación realista (lo que, por ejemplo, dio paso de un modelo prescriptivista en gramática a un modelo descriptivista, incorporando en él la variación, también presente en cada uno de los siete capítulos).

Se presentan así las divisiones y las ramas para dar paso a continuación a la vertiente aplicada. Se resalta en este apartado la incorporación de disciplinas altamente novedosas (y de nacimiento reciente) como es el caso de la lingüística forense (y su doble vertiente de trabajo) que se recoge en muy escasas obras.

Finalmente, el capítulo siete, «Valoraciones explícitas en la lingüística de hoy. Epistemología de la lingüística», se centra en el rigor científico que debe estar presente en la lingüística. «Las evaluaciones acerca de garantías, fiabilidad, objetividad o científicidad de las propuestas teóricas son factibles gracias a que los investigadores han orientado su búsqueda del conocimiento respetando nortes epistemológicos». Surge la necesidad en lingüística, como en cualquier otra ciencia, de someter a crítica el objeto de estudio escogido, la metodología que se sigue o la finalidad que se persigue. Es vital, así lo considera la autora, proporcionar a quienes preten-

dan «trabajar en lingüística» pautas o criterios mediante los que se valorará la no pertinencia o la pertinencia de determinadas propuestas (si es que pretenden ser consideradas científicas).

En esta completa exposición del objeto de estudio de la lingüística y de su propia constitución como ciencia, destacan algunas constantes a lo largo de toda la obra: gran variedad de ejemplos e ilustraciones que facilitan la comprensión de la materia, vigencia y actualidad de todas las teorías mencionadas, multidisciplinariedad que se observa en cada uno de los apartados (siempre que es pertinente se ponen en relación unas disciplinas con otras o unas propuestas con otras), defensa justificada del empirismo que debe guiar la investigación científica, recurrencia a autores de renombre que dan solidez a la obra (sustentada en la originalidad de la autora y en una amplia bibliografía) y, finalmente, la inclusión de ejercicios prácticos en cada uno de los capítulos que servirán para comprobar la correcta asimilación de la materia expuesta.

En síntesis, una obra actual y útil para los iniciados y no iniciados en el campo de la lingüística. Una visión integradora, ordenada y global que conjuga la tradición con el progreso, que hace ver la utilidad del campo junto con el hecho de que el saber no se agota.

PATRICIA MATEO GALLEGO

Universidad de Santiago de Compostela

JORQUES, DANIEL, *El verbo hispánico. Fundamentación pragmalingüística*, Universidad de Valencia, 1999, 375 págs.

Este enjundioso trabajo se anuncia ya desde sus comienzos como un aporte desde la metodología cognitivista al estudio del verbo hispánico, y en efecto, sus aportes son múltiples, ya que se examinan y analizan conceptos como el tiempo, modo, aspecto y modo de acción verbal desde una perspectiva novedosa y original.

Por otra parte, se abordan los principales problemas de las subcategorías del verbo valorando el papel de receptor dentro del proceso comunicativo, ya que esta categoría es determinante en la codificación, percepción, comprensión y recuerdo del medio; y tal como lo presenta el propio autor, se sigue el modelo gramatical liminar descrito por el profesor López García, durante la década de los ochenta, dentro de la tradición de la Escuela Lingüística de Valencia.

Quizás uno de los aspectos que resultan más atractivos, especialmente para los lectores americanos, sea el hecho de que el autor vincula constantemente sus planteamientos a la situación del verbo hispanoamericano, el cual, al parecer, tiene características propias tales como, por ejemplo, una mayor sensibilización que lleva a un aumento de sobrecarga informativa en ciertos tiempos como el presente.

Así, creemos que uno de los aportes más interesantes de este trabajo es la comparación que se presenta entre la flexión verbal y la flexión nominal (cap. I, pág. 37), ya que de esta manera nos ubicamos frente a una oposición que no es sólo funcional sino que lleva a advertir también una distinción sémica y especialmente pragmática.

En efecto, los procesos nominales son más bien de carácter automático en su actuación sobre el lexema de incidencia, en oposición al procesamiento controlado que se advierte en el funcionamiento de los morfemas verbales. Así, en el proceso comunicativo, se genera un intercambio que es interactivo en el caso del verbo, frente a un procesamiento serial que se advierte en la conexión existente entre los formantes nominales.

En cuanto al modo verbal, el autor distingue con claridad entre el nivel del enunciado y el nivel de la concordancia, ya que en el primer caso los niveles modales se relacionan con la enunciación, mientras que dentro del período los significados modales se lexicalizan porque pueden relacionarse con el receptor o no (cap. III, pág. 101).

Por otra parte, el autor presenta un exhaustivo análisis de los diferentes modos verbales en el español, intentando enfocar tanto los significados denotativos como los designativos, para definir la modalidad como una forma de utilizar y hacer funcionar el mundo desde el lenguaje mientras se crean modos de realización conversacionales. Además enfatiza la importancia que tiene el receptor en la construcción que hace del emisor.

Creemos que este último concepto no es azaroso, ya que, como hilo vertebrador del trabajo, en este estudio se defiende la tesis de que el sistema verbal español se asienta en una positividad del receptor desde el sujeto de la enunciación, lo cual lleva a distinguir especialmente la aspectualidad.

Otro capítulo a destacar es el referido al tiempo lingüístico, plasmado a través del movimiento de nuestras capacidades de codificación a lo largo del eje tiempo-cognitivo de la memoria. Aquí se retoman las ideas de la psicosemática de Guillaume, Moignet, Pottier, Roch Valin y Molho, mientras se incorporan los conceptos de otros estudiosos como Criado de Val, para expresar que el tiempo lingüístico emerge desde el interior del proceso interactivo de la conversación a diferencia del tiempo real, externo, que lo hace desde la conciencia subjetiva y serial, todo lo cual implica un operación cognitiva de notable complejidad.

Cabe señalar también que se plantean interesantes hipótesis tales como que el tiempo gramatical de la enunciación tiene que ver ante todo con la incorporación de la imagen mental (cap. IV, pág. 183), ya que la entrada de la temporalidad en la memoria tiene sus limitaciones según la cantidad de información retenida y el tiempo en que es ubicada, lo cual abre interesantes perspectivas de aplicación para otros problemas dentro de los estudios del lenguaje.

En cuanto al aspecto verbal, además de destinar un capítulo entero al problema del modo de la acción, el autor se plantea como cuestión relevante y con un método acertado y crítico, por qué la sustitución aspectual de la perfectividad por la aoristicidad afecta al sistema continental del español y no al peninsular, y cuál sería la disposición sistemática de principio que provoca el cambio.

Siguiendo este problema, propone como razón la tendencia general en Hispanoamérica de sensibilizar la temporalidad dialógica desde la variación aspectual de la situación (cap. VI, pág. 272). En efecto, al parecer existiría una tendencia a concebir el movimiento real en el presente como una tensión temporal de alcance tan largo que puede penetrar en la pretericidad, lo cual le da a este tiempo un carácter de retención permanente, propia del perfecto.

En relación a las referencias bibliográficas, nos gustaría resaltar su exhaustividad, actualidad y pertinencia, lo que demuestra un vasto conocimiento del tema, todo lo cual nos lleva a resaltar la calidad de un trabajo elaborado sobre bases rigurosas que constituye, sin lugar a dudas, una importante contribución al estudio del verbo hispánico

ELISA COHEN DE CHERVONAGURA
Universidad Nacional de Tucumán-CONICET

GÓMEZ TORREGO, LEONARDO, *Ortografía de uso del español actual*, Madrid, SM, 2000, 446 págs.

Pocos meses después de la aparición de la *Ortografía de la Lengua Española* preparada por la Real Academia Española (Madrid, Espasa-Calpe, 1999), Leonardo Gómez Torrego ha sacado a la luz las casi quinientas páginas de su *Ortografía de uso del español actual*, manual interpretado y actualizado con los preceptos académicos sobre la manera correcta de escribir, que tiene en cuenta el presente de la lengua sin despreciar las reglas fijas de la ortografía tradicional.

Como se indica en las páginas de presentación, la *Ortografía de uso del español actual* trata sobre «las cuestiones relacionadas con las letras y las palabras, con la acentuación y la pronunciación» (pág. 3), hechos que se muestran al lector de una manera clara y lúcida, sin el empacho de «complicados planteamientos teóricos» ni «enormes listados de reglas memorísticas» (pág. 3). Desde esta base, que sirve como declaración de intenciones y como justificación de la novedad que representa esta publicación orientada al buen uso del español, el profesor Gómez Torrego amplía el marco expositivo de su ortografía y da entrada a otros asuntos que, hasta la fecha, habían sido abordados de forma diferente por los manuales: las abreviaturas, las siglas y los acrónimos, los numerales, los topónimos y hasta el uso adecuado del corrector ortográfico en los programas informáticos de tratamiento de textos. Estos

contenidos se expresan con claridad en un índice (págs. 7-14), que abarca cuatro bloques: I. «Ortografía de las letras y las palabras» (págs. 15-180), II. «Acentuación» (págs. 181-240), III. «Puntuación» (págs. 241-298) y IV. «Otras cuestiones ortográficas» (págs. 299-396). Todos ellos aparecen organizados en torno a un epígrafe que, bajo el título de *Cuestiones previas*, presenta los contenidos que van a manejarse en la unidad; a continuación se enumeran (y se aclaran) las reglas que ayudan a escribir y presentar correctamente los textos; siguen, en este orden expositivo, las referencias a ciertas singularidades de las distintas áreas geográficas del español y, por último, se ofrece un cuadro de los errores más frecuentes en el terreno de la ortografía. Cada uno de los bloques se cierra con los oportunos ejercicios de aplicación de las normas ortográficas, tan útiles a la hora de llevar a la práctica los temas explicados en cada capítulo. La bibliografía final (págs. 399-400) remite a los textos y manuales más recientes sobre la corrección idiomática, dudas y dificultades de la lengua española. Y el «índice analítico», con el que concluye el volumen (págs. 401-446), ayuda a resolver las trabas expresivas que se plantean en la comunicación oral y en la escritura de los textos.

El primer bloque versa sobre las dificultades que produce el desajuste entre los sonidos y las grafías de la lengua española. En él se explican las cuestiones relacionadas con el empleo correcto de cada una de las letras del alfabeto, que reciben un tratamiento individual en el que, aparte de los planteamientos generales, se atiende a las reglas útiles de uso, las familias léxicas, las palabras homófonas en algunos casos (pensemos en la letra *h*, en la *b* y la *v*, la *g* y la *j*, la *c* y la *z*) y los problemas que la escritura del castellano puede acarrear a los hablantes de las demás lenguas peninsulares en zonas como Cataluña, la Comunidad Valenciana, las Islas Baleares, el País Vasco, Navarra y Galicia. Asimismo se detiene en la revisión de los errores que en algunas áreas del español meridional encierra la igualación de *s* y *x* en la pronunciación, la aspiración de la *-s* implosiva, la desaparición de la *-d* final de palabra o intervocálica, la neutralización de *-l* y *-r*, o la escritura de la *c*, la *s* y la *z* para hablantes que cecean y sesean, por mencionar sólo algunos ejemplos que permiten constatar cómo la fonética dialectal puede repercutir en la escritura en determinadas áreas de la geografía española.

Una vez expuestas las normas relativas a cada letra, el autor aclara las alternancias propias de los grupos consonánticos y su reflejo en la escritura (págs. 110-117), para hacer un sitio al uso de las letras mayúsculas (págs. 118-131) y prestar nueva atención a las relaciones entre la ortografía y la sintaxis cuando se trata de formas como *por qué*, *porqué* y *porque* (págs. 134-136), *con qué*, *conque* y *con que* (págs. 138-139), *adónde*, *a dónde* y *a donde* (pág. 140) y otras palabras que pueden escribirse «juntas o separadas» (págs. 150-151). Este primer bloque de la *Ortografía* termina con las reglas de escritura de los prefijos y las palabras compuestas (terreno en el que el uso impone cada día nuevos criterios) y los préstamos de otras lenguas (págs. 156-161), tanto de los que recoge el *Diccionario* de la Real Academia Espa-

ñola (*chalé, chalet, puzzle*) como de aquellos que, hasta la fecha, no han podido ser registrados, pese al empleo que se hace de ellos (*fuagrás, baguet*, según las propuestas de este manual).

El segundo bloque se centra en los aspectos relacionados con la acentuación. Movido por su afán didáctico, el profesor Gómez Torrego aclara una serie de conceptos imprescindibles a la hora de aplicar las reglas tradicionales: las diferencias entre el acento y la tilde, las sílabas tónicas y átonas, las palabras tónicas y átonas (pág. 182), como punto de partida para establecer la habitual clasificación entre palabras agudas, llanas y esdrújulas, con sus correspondientes normas y la utilidad de éstas (págs. 183-184). Otra vez se insiste en las dificultades de acentuación para los hablantes de otras comunidades autónomas que, en sus propias lenguas, carecen de acentos o poseen otros tipos diferentes a los del castellano.

Los restantes apartados de este segundo bloque proporcionan reglas sobre la acentuación de los diptongos y los hiatos (págs. 194-211), los monosílabos (págs. 212-217), los interrogativos y exclamativos (págs. 218-223), los demostrativos (págs. 224-225), el adjetivo *solo*, el adverbio *sólo* (págs. 226-227) y las palabras compuestas (págs. 228-231). Estas últimas llevan al autor a discrepar, en parte, de la decisión adoptada por la última *Ortografía* académica al someter «los verbos con pronombres pospuestos a las reglas generales de acentuación» (pág. 230). Según Gómez Torrego, la conservación de la tilde en estas formas verbales «permitía ver con más claridad los dos elementos del compuesto». La misma actitud rige las observaciones sobre *guión* o *guion*, *fié* y *fie*, ambas aceptadas por la norma académica, frente a las inclinaciones de Gómez Torrego por las formas tradicionales acentuadas para reflejar «con mayor claridad la pronunciación» (pág. 202). Las dos aclaraciones sirven para juzgar la versatilidad de la norma cuando el uso traza otros caminos.

Las reglas de puntuación ocupan el tercer bloque de esta *Ortografía*. Se revisan y explican las cuestiones relacionadas con el uso de la coma (págs. 242-249), el punto (págs. 250-253), el punto y coma (págs. 254-257), los dos puntos (págs. 258-261), los puntos suspensivos (págs. 262-263), los signos de interrogación y exclamación (págs. 264-267), los paréntesis y corchetes (págs. 268-271), las comillas (págs. 272-275), el guión (págs. 276-279), la raya (págs. 280-283) y otros signos de uso más restringido en la escritura, como la barra oblicua, el apóstrofo, el asterisco, las llaves y el párrafo (págs. 284-287). Con su habitual destreza, el profesor Gómez Torrego nos ayuda a entender cómo la ortografía no puede disociarse del conocimiento de la sintaxis y de los recursos expresivos de la lengua.

Las últimas páginas del libro se refieren a otras cuestiones relacionadas con la ortografía (págs. 299-393): las abreviaturas, las siglas y los acrónimos, los símbolos y los numerales, en unos capítulos que amplían las referencias que hasta ahora se habían manejado para resolver este tipo de dudas. En este sentido, son muy útiles las reglas para la formación de abreviaturas (pág. 301) o la clasificación de las siglas (pág. 310), por citar sólo dos ejemplos del afán didáctico que anima al profesor

Gómez Torrego en su visión global del libro. Las normas para la presentación de los textos impresos y los signos de corrección tipográfica (págs. 338-361) son de obligada lectura para quienes, además de cuidar la ortografía y el estilo, se preocupen por los aspectos tipográficos que intervienen en la composición de los textos escritos. Más adelante —aunque también podría haberse incluido como un apéndice al capítulo de la presentación de los textos impresos— se ofrecen consejos sobre el uso adecuado del corrector ortográfico (págs. 372-377) en los procesadores de textos, con todas sus limitaciones cuando se trata de palabras parónimas, homófonas o monosílabos que llevan tilde diacrítica.

En este apartado son muy interesantes los párrafos comprendidos entre las págs. 362-371, en los que se establecen normas para la correcta pronunciación, especialmente en aquellos casos en los que las divergencias entre lo oral y lo escrito son más significativas (miremos, una vez más, hacia los préstamos de otras lenguas). En las páginas finales se comentan las dificultades ortográficas que encierran algunos topónimos, tanto españoles como extranjeros (págs. 378-393), en una lista amplia y bien estructurada que acoge abundantes ejemplos de las correspondencias entre los topónimos oficiales del castellano y los de otras lenguas autonómicas de España.

La *Ortografía de uso del español actual* viene a engrosar la extensa nómina de estudios orientados hacia la corrección del español que Leonardo Gómez Torrego ha publicado desde que en los años noventa sacara a la luz los dos volúmenes de su *Manual de español correcto*, que hoy en día (con diez ediciones hasta el año 2000) constituye un libro de cabecera para los estudiantes de Filología y de otras disciplinas universitarias. Al rigor de los contenidos de esta nueva *Ortografía* se añade la claridad en la presentación, que hace mucho más ágil la lectura. La abundancia de ejercicios y propuestas de aplicación de las normas despiertan la curiosidad del lector y el estudioso por algunos aspectos de la escritura que, en ocasiones, se abandonaban a los dictados de la intuición sin enjuiciar su validez. En cada página, el autor nos sorprende con la información precisa, con explicaciones que no dejan ninguna pregunta sin resolver. Y, por si quedaran dudas, los ejercicios (acompañados de las soluciones) muestran cómo la vertiente escrita de la lengua es una fuente de reflexión sin fronteras.

PILAR MONTERO CUIEL
Universidad de Extremadura

ÁVILA MARTÍN, M^a. DEL CARMEN, *El diccionario en el aula. Sobre los diccionarios escolares destinados a la enseñanza y aprendizaje del español como lengua materna*, Granada, Editorial de Universidad de Granada, 2000, 307 págs.

El libro que nos ocupa es fruto del interés que en los últimos años han suscitado los diccionarios monolingües como instrumento de enseñanza / aprendizaje de la

lengua materna. En palabras de la autora: «Nuestro trabajo pretende profundizar en el conocimiento de los diccionarios que se ofrecen destinados a un público infantil y juvenil; así como en sus características y en sus posibilidades de uso» (pág. 12). En la misma línea, que está manifestándose muy fructífera, se inscriben trabajos lingüísticos de desiguales resultados, preocupados por la aplicación del diccionario como instrumento didáctico en la edad escolar¹. Sin duda el interés por la lexicografía escolar se debe a que es un terreno editorial que deja provechosos beneficios, pero también a la preocupación actual de muchos profesionales de la docencia (la doctora M^a. Carmen Ávila Martín es profesora de enseñanza secundaria) por encontrar recursos para la enseñanza de la propia lengua. El trabajo comentado se divide en dos grandes bloques: el dedicado a la teoría lexicográfica («Capítulo primero: Teoría lexicográfica», págs. 17-61), en el que la autora hace un repaso de algunas cuestiones teóricas que sustentan su estudio asociado a los diccionarios escolares (relaciones entre la lingüística y la elaboración de diccionarios, lugar de la lexicografía dentro de la lexicología, concepto de «diccionario», problemas para establecer una tipología de los diccionarios y para distinguir diccionarios de lengua y enciclopédicos, repaso de los principales diccionarios monolingües del español). El segundo bloque («Capítulo segundo: Los diccionarios escolares», págs. 63-279) es el dedicado al estudio de los diccionarios escolares monolingües del español «desde las primeras etapas educativas hasta los que se emplean en los primeros años universitarios» (pág. 66), aunque la autora se centra más en los diccionarios que podrían servir desde la Primaria hasta el Bachillerato. El trabajo es de tipo descriptivo y en él se utiliza un método de análisis que se aplica a la «descripción pormenorizada de los [diccionarios] más representativos de las editoriales con mayor presencia en el mercado» (pág. 71). La selección del «corpus», que no se justifica en la obra, es, sin embargo, lo suficientemente amplia para extraer de ella conclusiones respecto al estado actual de la lexicografía escolar en España, pues no hay repertorios de otros ámbitos hispánicos. Son analizados 44 repertorios escolares,

---

¹ Podríamos citar, a modo de ejemplo, tesis doctorales como la de Amador Moreno Martín, *El diccionario en la enseñanza Primaria: su problemática*, defendida en 1994 en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid; capítulos de libros como el que dedica Günther Haensch a los diccionarios escolares en *Los diccionarios del español en el umbral del siglo XXI*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1997 (3.3.4.7. *Diccionarios escolares*, págs. 125-135), o Elena Bajo Pérez en *Los diccionarios. Introducción a la lexicografía del español*, Gijón, Ediciones Trea, 2000 (2.2.4.3. «Diccionarios escolares», págs. 171-191); obras divulgativas como el trabajo de Concepción Maldonado, *El uso del diccionario en el aula*, Madrid, Arco/Libros, 1998; o comunicaciones publicadas en las actas de diversos congresos o seminarios, como el artículo de Luis F. Alzola Fariña, «Cuestiones de lexicografía didáctica», publicado en *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Actas del Congreso Internacional de Semántica*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, vol. I, págs. 197-208.

que se citan ordenados por editoriales (Akal, Anaya, Bibliograf, Espasa Calpe, Everest, Larousse, Santillana, SM y Sopena) en las páginas 303-304. El enorme trabajo que el estudio de 44 obras de este tipo conlleva obliga a la autora a elaborar un método de análisis que aplica invariablemente a cada diccionario descrito y que se centra en la evaluación de una serie de elementos externos al repertorio (introducción, cuerpo, anejos, suplementos e ilustraciones), de su microestructura (cómo se lematiza, ordenación del artículo, presentación tipográfica) o de alguna parte del artículo lexicográfico (parte definitoria, informaciones sintagmáticas o paradigmáticas que se incluyen)². Para llegar al método de análisis que se aplica, la profesora Ávila Martín toma como puntos de referencia los trabajos de J. Martínez de Sousa, G. Haensch y Humberto Hernández que ella misma cita en la bibliografía del libro que reseñamos. Aunque incluye en este esquema una valoración de cada diccionario analizado, muchas veces encontramos más bien un resumen de la descripción efectuada en lugar de una toma de postura sobre la adecuación de la obra a los requisitos de un diccionario escolar. En ocasiones, el juicio sobre alguno de los repertorios es en exceso generoso, en casos en que la propia autora refleja en la descripción carencias o desajustes en la obra analizada, como, cuando refiriéndose a *El cofre de las palabras* de M^a. Victoria Reyzábal y M^a. Antonia Casanova (Madrid, Akal, 1992) dice: «La obra sirve por todo ello para iniciar a los alumnos en el manejo de los diccionarios: practicar el orden alfabético, buscar el significado y la categoría gramatical» (pág. 82); pero la propia Ávila Martín había detectado antes errores gramaticales en las definiciones y señala que no se definen en esta obra los conceptos gramaticales, ni siquiera los que se están explicando.

Sin duda el capítulo más interesante es el tercero («Características de los diccionarios escolares», págs. 243-279), pues las conclusiones (págs. 281-288) son en realidad un breve resumen de este capítulo. En él sí encontramos una evaluación personal de los repertorios, así como una toma de postura sobre lo que debe ser un diccionario escolar como obra lexicográfica; si bien hay también aquí, como en el resto del libro, un excesivo apego a las fuentes en que se basa la autora — fácil de comprender por el carácter de tesis doctoral que tiene esta obra — que hace que, algunas veces, no sepamos si lo expuesto es voz de la autora o pensamiento del autor citado. Estos comentarios no disminuyen el valor de un trabajo al que se ha dedicado mucho esfuerzo — y eso es palpable en cada una de sus páginas — y que constituirá con toda seguridad un valioso instrumento para la práctica docente en general y para la elaboración de diccionarios escolares en particular.

ROSARIO GONZÁLEZ PÉREZ
Universidad Autónoma de Madrid

---

² El esquema para el análisis de las obras lexicográficas seleccionadas puede verse completo en la pág. 77.

LÓPEZ DE LA HUERTA, JOSÉ, *Exámen de la posibilidad de fixar la significacion de los sinónimos de la lengua castellana*, edición facsímil de Jesús Gerardo Martínez del Castillo, Clásicos recuperados 3, Almería, Universidad de Almería, 2000, 144 págs.

La tarea de editar un clásico y hacerlo así accesible a las personas interesadas en su consulta es siempre encomiable; por ello, hay que felicitar por la aparición de la edición del *Exámen de la posibilidad de fixar la significacion de los sinónimos de la lengua castellana*¹, edición que corre a cargo del profesor Jesús Gerardo Martínez del Castillo. No es esta obra un caso aislado a la hora de poner al alcance de los posibles consultores textos a los que, de otro modo, no se llegaría con facilidad, sino que el libro está dentro de la colección *Clásicos recuperados*, con la que la Universidad de Almería rescata obras de nuestra tradición lingüística. El texto que tenemos entre manos constituye una edición facsímil que, como el editor de la obra señala en el prólogo, «está basada sobre la cuarta edición, aparecida dos años tras la muerte del autor, en Valencia, imprenta de D. José Estevan» (pág. 7); se trata, pues, de la edición de Valencia de 1811, de la que existe un ejemplar en dos tomos, como nos hace saber el profesor Martínez del Castillo, en la Biblioteca Pública del Estado de Palma de Mallorca (pág. 10). El texto facsímil propiamente dicho se ofrece tras un breve, a veces escaso, prólogo al *Exámen* mismo, que se encabeza bajo el rótulo «Introducción del editor» (págs. 7-10). En él Gerardo Martínez del Castillo sitúa la obra en su momento lingüístico, explica las distintas ediciones que ha habido tanto de la obra independiente (en el apartado 2. «Las ediciones originarias», pág. 7), como de la obra de López de la Huerta no autónomamente, sino dentro de otras obras o conjuntamente con otros repertorios de sinónimos (en el apartado 4. «Otras ediciones», pág. 8) y, por último, se refiere sucintamente a las ideas lingüísticas del autor del *Exámen*; ideas que Martínez del Castillo extrae del prólogo que el mismo López de la Huerta escribe para esta cuarta edición y de la introducción, también del propio López de la Huerta, que antecede a la explicación de los sinónimos (apartado 6. «La concepción lingüística de López de la Huerta», págs. 8-9). También en esta introducción del editor se aprovecha para indicar algunos cambios que contribuyen «a la mejor intelección del texto» (pág. 10); los cambios no revisten apenas diferencias con el original (la hay de paginación), y cuando lo hacen, es cierto que mejoran la consulta de la obra, como vemos en el hecho de ordenar el índice de todos los sinónimos analizados en el cuerpo de la obra alfabéticamente (págs. 131-142) con referencia a la página donde aparecen, en disonancia con el original, en que López de la Huerta agrupaba los sinónimos que aparecían

---

¹ En lo que se refiere a la ortografía y acentuación tanto del título de la obra de López de la Huerta como de los epígrafes de la misma, sigo la que se da en la misma edición facsímil objeto de esta reseña.

juntos en cada artículo y los ofrecía en el orden de aparición en dicho artículo, con lo cual la búsqueda en el cuerpo de la obra es bastante más difícil, pues hay que saber previamente ese orden.

La brevedad de la introducción del editor hace que, al *Exámen de la posibilidad de fixar la significacion de los sinónimos de la lengua castellana*, se llegue con poca información sobre algunos puntos de esta obra. La obra de López de la Huerta ocupa las páginas 15 a la 142 y se compone de «Prologo de la quarta edicion», págs. 15-17, «Introducción», págs. 19-21, una dedicatoria a su hija Carolina en la pág. 23, «Sinonimos castellanos», págs. 25-76, en que termina el análisis de los sinónimos del tomo I, «Advertencia», pág. 81, que antecede al estudio de los sinónimos del tomo II, «Sinonimos castellanos», págs. 83-102, «Artículos añadidos en esta edicion», págs. 103-130 y, por último «Índice alfabético de los sinonimos», pág. 131-142.

La primera edición del *Exámen* vio la luz en Viena, en 1789, después de que en Madrid Manuel Dendo y Ávila hubiese publicado su *Ensayo de los sinonimos* (Madrid, 1756) en que se estudian trece parejas de términos. La obra de López de la Huerta es una de las primeras en ocuparse del tratamiento de los sinónimos en español con cierta amplitud, en una línea que daría lugar a otros diccionarios de sinónimos en el siglo XIX². Puede afirmarse, a pesar de que el *Exámen* tuvo detractores que lo consideraban una copia de obras francesas similares, que el repertorio de sinónimos de López de la Huerta alcanzó un notable éxito, como prueban las cuatro ediciones en vida del autor. A todo esto se refiere Jesús Gerardo Martínez del Castillo en la «Introducción del editor», pero no justifica por qué edita la 4.ª edición —es de suponer que la razón estriba en que está corregida y aumentada respecto a las anteriores—, ni la compara, aunque sea brevemente, con las que la preceden. Tampoco hay una presentación de la obra en sí (en qué partes la divide su autor, por qué, qué fuentes utiliza para el análisis de los sinónimos³, cómo presenta los mate-

² Para un estudio más detallado de algunos de estos diccionarios, de lo que supuso su aparición y de su forma de proceder en el análisis de los sinónimos estudiados puede verse mi artículo «Sinonimia y teoría semántica en diccionarios de sinónimos de los siglos XVIII y XIX», *RSEL* 24, 1, 1994, págs. 39-48, en el que, además del estudio del repertorio de López de la Huerta (utilicé el original publicado en Madrid, 1835, que incluye una pequeña colección de sinónimos de Nicasio Álvarez de Cienfuegos, y que reproduce la 4.ª ed. corregida y aumentada del *Exámen*, publicada en Valencia en 1911), comparé entre sí los de Manuel Dendo y Ávila, *Ensayo de los sinonimos* (Madrid, 1756), S. Jonama, *Ensayo sobre la distinción de los sinónimos* (Madrid, 1806) y José Joaquín de Mora, *Colección de sinónimos de la lengua castellana* (Madrid, 1855; en este caso no consulté el original sino la edición facsímil a cargo de Manuel Alvar Ezquerro, en Madrid, Visor Libros, 1992).

³ La importancia del diccionario de la Academia es grande, lo que se comprueba al leer la «Advertencia» que López de la Huerta sitúa delante del tomo II de esta edición y que dice así: «Por una ignorancia disculpable en quien ha estado ausente muchos años, no había llegado á

riales), aunque sí se incluye un índice final (pág. 143), en que se da cuenta de los distintos epígrafes que forman la presente edición. Se echa también de menos una reflexión sobre el método utilizado en el análisis de los sinónimos o, al menos, algún artículo del *Exámen* a modo de ejemplo de la forma de actuar de López de la Huerta, si bien es cierto que este autor da pocas indicaciones directas sobre su forma de proceder. Aun así, y aunque la intención de la obra es más distinguir que identificar sinónimos, en el prólogo del *Exámen* se ve cómo la sinonimia se admite en niveles de usos diferentes situándola, como lo hacen muchos lingüistas actuales, como hecho de norma, no de lengua (dice López de la Huerta en el prólogo a esta edición: «Sería una ridícula afectación el no convenir en que las más veces es muy diferente su uso, y en que los sinónimos pueden ser muy útiles a la poesía y al discurso familiar», pág. 19). En cuanto al método de trabajo de López de la Huerta consiste en la comparación de parasinónimos, no siempre por parejas, como hacía Manuel Dendo y Ávila, sino que a veces opera con microestructuras léxicas más amplias. Basten como ejemplo dos artículos en que se señalan espléndidamente los rasgos sémicos diferenciales de las palabras examinadas: *bullá / ruido* (pág. 90) e *ignorancia / tontería / necedad* (pág. 36).

Como final de esta reseña, quiero terminar como he empezado, agradeciendo al profesor Martínez del Castillo el haber puesto a nuestra disposición esta interesante obra, y señalando la utilidad de la edición, que con su índice alfabético de sinónimos permite la búsqueda cómoda y rápida de cualquier palabra que se desee consultar.

ROSARIO GONZÁLEZ PÉREZ
Universidad Autónoma de Madrid

TORNEL SALA, JOSÉ LUIS, *Gramaticalización y vectores lingüísticos. Las perífrasis verbo-nominales*, Alicante, Editorial Club Universitario, 2000, 254 págs.

A partir de la intuición de que ciertas construcciones formadas por un verbo más un sustantivo tienen algo en común con las perífrasis verbales, José Luis Tornel postula en su trabajo la existencia de las llamadas perífrasis verbo-nominales,

---

mi noticia hasta que estaba ya impreso el primer tomo de esta obra, que en el año de 1803 se había dado á luz nueva edición del Diccionario de la lengua castellana, en que se han hecho muchas correcciones; y como algunas de estas han recaído sobre las definiciones que yo había citado en mi obra, copiándolas de las Ediciones anteriores me ha parecido indispensable el presentarlo aquí, ya que no parezca extraño que no lo haya tenido presente», (pág. 81). Una breve referencia a ello se lee en la «Introducción del editor», cuando el profesor Martínez del Castillo señala: «El árbitro supremo para este criterio último es la Real Academia de la lengua, que representa la autoridad» (pág. 9).

construcciones del tipo *tomar una decisión* o *barajar una hipótesis*, cuya estructura y funcionamiento estudia en este libro.

Las perífrasis verbo-nominales se conciben como una unidad lingüística paralela, en su construcción, a las perífrasis verbales. Esto explica que el primer capítulo se dedique casi completamente a repasar las diferentes aportaciones que se han hecho al estudio de las perífrasis verbales. Desde que en 1929 Gougenheim introdujo este término, se ha escrito mucho sobre la existencia de una conjugación perifrástica o una «conjugación compuesta» (Lenz), se han propuesto diferentes tipologías de perífrasis verbales (Yllera y, sobre todo, Dietrich) y se han hecho constantes reflexiones sobre los diferentes criterios que determinan si una construcción es o no perifrástica. Los distintos estudios sobre las perífrasis, a pesar de sus diferencias, coinciden en considerarlas unidades lingüísticas que tienen un contenido semántico y una función sintáctica única. Además, suelen ser unánimes al considerar el concepto de auxiliaridad esencialmente vinculado al de perífrasis verbal, y definir el primer elemento de la perífrasis como el verbo auxiliar que pierde su contenido léxico (o parte de éste) en favor del contenido gramatical.

A partir de los conceptos de auxiliaridad y verbo auxiliar, el autor introduce la noción de gramaticalización, concepto sobre el que versa todo el segundo capítulo. En éste se explican de modo pormenorizado las bases teóricas y los conceptos básicos que sustentan la explicación de la categoría lingüística que Tornel propone.

En este capítulo se explican conceptos como *iconicidad*, *descategorización*, *reanálisis*, *morfologización*, *erosión* o *unidireccionalidad*. Se dedica en el libro especial atención a explicar el fenómeno de la gramaticalización y las nociones relacionadas con éste porque se considera que, siguiendo la idea desarrollada por Heine, este concepto es clave para explicar las características lingüísticas (semánticas, morfosintácticas y fonológicas) de los verbos auxiliares.

Además de los conceptos relacionados con la gramaticalización, el autor presenta la teoría de los verbos soporte, que será también muy útil para el estudio de las perífrasis verbo-nominales. Los verbos soporte de morfología de conjugación, o simplemente verbos soporte, aparecen en construcciones como *dar un consejo* o *hacer una amputación*, en las que el verbo actúa como actualizador del sustantivo, y éste como el verdadero predicado. La idea que se defiende es que estos verbos actualizadores de conjugación han experimentado un proceso de gramaticalización (especialmente visible en la pérdida de significado léxico a favor del contenido gramatical) semejante a la de los verbos auxiliares. Estos verbos soporte tienen, además, ciertas características sintácticas (no pueden nominalizarse, no pueden combinarse entre ellos, no seleccionan sus complementos, no pueden pasivizarse...) que el autor señala como muestra del proceso de descategorización y que comparten en gran medida con los verbos auxiliares de las perífrasis verbo-nominales.

Antes de pasar definitivamente a la explicación de la categoría que en este libro se estudia, Tornel dedica el capítulo tercero a delimitar a qué tipo de estructuras

lingüísticas se refiere con la etiqueta «perífrasis verbo-nominales», y especialmente a diferenciarlas de las generalmente llamadas «locuciones verbales», objeto de estudio de la fraseología. Para hacer esta distinción, repasa las diferentes aportaciones a la fraseología y las clasificaciones que dentro de esta materia se han propuesto. La diferencia principal entre las locuciones verbales y las perífrasis verbo-nominales radica, según el autor, en el grado de gramaticalización de los elementos que integran estas construcciones y, más concretamente, en que sean uno o más de sus elementos constituyentes los que hayan experimentado este proceso de gramaticalización. Mientras que en las perífrasis verbo-nominales se gramaticaliza exclusivamente el elemento verbal, en las locuciones verbales se gramaticaliza también el nombre. Esto queda demostrado según el propio autor por el hecho de que, si puede derivarse de las locuciones verbales un elemento léxico sintético (del mismo modo que se puede derivar la realización sintética *ducharse* de la perífrasis verbo-nominal *tomar una ducha*), éste no tomará como punto de partida su base léxica, sino que será el resultado de una transformación gramatical y semántica en todos sus constituyentes (por ejemplo, la realización sintética correspondiente a la locución *llevar la batuta* sería *dirigir* , en absoluto relacionada con la base léxica de la locución).

El capítulo cuarto se dedica a la categoría de las perífrasis verbo-nominales. En él se recogen y sintetizan los aspectos que se habían ido analizando a lo largo del libro para ofrecer, ahora de un modo más ordenado, una descripción de las características estructurales y del funcionamiento de las construcciones lingüísticas que aquí se estudian.

Las perífrasis verbo-nominales son construcciones lingüísticas formadas por un elemento verbal más uno nominal. Su estructura es similar a la de las clásicas perífrasis verbales pero su segundo elemento es nominal y, como en éstas, los dos componentes forman una única unidad lingüística compleja que, como tal, tiene un único contenido semántico y una función sintáctica, la de núcleo del sintagma predicado.

El elemento verbal es un elemento gramaticalizado, que ha perdido su significado léxico y cuya función es la de aportar la información gramatical de la conjugación (tiempo, modo, voz...) al elemento nominal, que se convierte en el verdadero núcleo semántico del predicado. Según el autor, este proceso de pérdida del significado léxico, la desemantización, se explicaría desde la gramática cognitiva como un proceso de extensión metafórica desde un significado concreto, léxico, a otro más abstracto, el gramatical. Esta desemantización, primera de las propiedades que señala para la categoría de las perífrasis verbo-nominales, conlleva la segunda de estas propiedades, la descategorización del elemento verbal, que pierde la capacidad de seleccionar argumentos. La lista de propiedades continúa: como resultado de la fijación de estas construcciones, resulta imposible nominalizar el elemento verbal o suprimirlo, del mismo modo que no es gramatical pronominalizar el elemento nominal, por ser éste el que aporta la carga semántica más importante. Las dos últimas propiedades consisten en la imposibilidad de pasivizar estas construcciones y en

que, a diferencia de las locuciones verbales, pueda sustituirse la forma analítica (verbo más nombre) por una forma sintética, una realización verbal normalmente derivada del nombre.

Este haz de rasgos, que el autor ilustra con numerosos ejemplos, define protópicamente la categoría lingüística de las perífrasis verbo-nominales. Puesto que se trata de una definición prototípica, no es necesario que todas estas propiedades se cumplan para que una construcción sea considerada como perteneciente a esta categoría, sino que, según una construcción sea más o menos cercana al modelo de perífrasis verbo-nominal, estas propiedades se satisfarán en mayor o menor medida.

El autor, al proponer la existencia de esta categoría lingüística, afirma que es sencillo situarla dentro del sistema verbal del español. Junto a las perífrasis verbales es fácil aceptar la existencia de una conjugación basada en unidades nominales, una conjugación, en palabras de Tornel (pag. 223), «fundamentada en la traslación de los rasgos típicos de la actualización verbal (persona, número, etc.) a elementos lingüísticos de naturaleza nominal, los cuales se transforman, en consecuencia, en los verdaderos núcleos predicativos de una determinada cadena discursiva».

Este libro resulta interesante tanto para lingüistas interesados en gramática cognitiva, y especialmente en la aplicación al análisis lingüístico práctico de sus principios teóricos, como para personas interesadas en estudiar las construcciones formadas por la combinación de elementos verbales y nominales. No es nuevo el estudio de elementos verbales, especialmente de los verbos auxiliares, desde un enfoque cognitivo y atendiendo especialmente al fenómeno de la gramaticalización, pero la aplicación de estos mismos principios teóricos y de los resultados obtenidos en el ámbito verbal al estudio de las construcciones de naturaleza nominal resulta novedoso e interesante. Las combinaciones más o menos fijadas de verbo más nombre continúan siendo hoy objeto de estudio y se sigue persiguiendo una clasificación satisfactoria de estas construcciones. Creemos que estudios como el de José Luis Tornel, mediante la aplicación de criterios y perspectivas de análisis hasta ahora no explotadas en este campo, ofrecen interesantes conclusiones que contribuyen a avanzar hacia ese objetivo.

ASSELA REIG ALAMILLO
UAM

LUQUE DURÁN, JUAN DE DIOS, *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*, Granada, Granada Lingüística, 2001, 665 páginas.

El tema de este libro es de una gran actualidad. En él encontramos cuestiones de tipología lingüística, psicolingüística, etnolingüística, muestras de estudios contrastivos, etc. Y todo ello centrado en el estudio del léxico de un gran número de

lenguas y —en menor medida, puesto que no hay una separación radical entre ellos— también en aspectos gramaticales. Podríamos decir, utilizando un término que el autor emplea para explicar las diferentes perspectivas desde las que las lenguas pueden categorizar la realidad, que se trata de un enfoque polisémico; pero es la perspectiva tipológica la que vertebra todos estos temas. Esta variedad de cuestiones resulta obligada para cualquier estudio de las lenguas que no las considere como sistemas abstractos o formales. En el Prólogo, Juan de D. Luque expone que su libro versa sobre cosas, ideas y palabras, especialmente sobre cómo el lenguaje disecciona la realidad y cómo organiza las cosas del mundo fijándolas en símbolos permanentes que sirven para la comunicación y para la organización del pensamiento.

A lo largo de trece capítulos, su autor expone reflexiones teóricas, datos de muy diferentes lenguas e interpretaciones. Recogemos, en primer lugar, algunos de los temas tratados y, por último, expondremos una breve síntesis valorativa.

El primer capítulo es una presentación de las características del lenguaje y del léxico. Nos parece acertada la consideración instrumental del lenguaje que está presente en toda la exposición: cada pueblo y cada cultura elige sus palabras y lo hace de tal manera que cada lengua supone un modo diferente de estructurar el mundo, los *realia*. Todas las lenguas no son iguales, pero tampoco se pueden exagerar las diferencias. Hay lenguas que establecen distinciones exóticas o sorprendentes para nuestra óptica: en fula hay un prefijo que se refiere sólo a la vacas. Naturalmente la comparación entre las lenguas se realiza siguiendo una serie de parámetros.

Las relaciones entre lenguaje, mente y realidad son el tema recurrente. Hay unos fundamentos biológicos para el lenguaje, cognitivos, neurológicos, perceptivos; pero lo biológico está mediatizado por el lenguaje y la cultura. El lenguaje funciona como una interfaz entre la experiencia del mundo y el conocimiento o, lo que sería equivalente, entre nuestra mente y el mundo. De la materia ontológica llegamos a las formas simbólicas. El lenguaje representa de manera libre, pero no totalmente independiente, la realidad. Hay simbolizaciones que nos pueden parecer extrañas: en timuca *pilani* significa 'por la mañana' y 'por la tarde', la palabra parece que cubre cualquier momento del día durante el cual el sol no está en el punto más alto de su trayectoria.

Este proceso de cognición y categorización, cuyo instrumento es el léxico, se analiza desde la perspectiva ontogenética y filogenética. Categorizar es reconocer. En la ontogénesis contraponen el autor el llamado sistema de categorías clásicas al sistema de prototipos, y considera que estos últimos, a pesar de las críticas recibidas, son válidos para explicar el funcionamiento de los lexemas. En la filogénesis indaga sobre los primitivos léxicos de las lenguas; pero reconoce la dificultad de este estudio, pues una designación que hoy entendemos primaria pudo ser en su origen secundaria. En teoría estos signos primarios constituirían la base para la formación de otros signos mediante procesos universales de lexicogénesis (polisemia, de-

rivación, reclasificación, etc). El verbo *dar*, que parece una noción elemental en las lenguas europeas, no existe como tal en otras lenguas. La realidad es ilimitada y el lenguaje discreto, es inevitable que cada lengua sobreimponga distinciones más o menos distorsionadas o arbitrarias. Como ejemplos de cómo cada lengua «despieza» o categoriza de manera diferente la realidad, compara el modo en que, en diferentes lenguas, se organizan léxicamente las partes del cuerpo, los fenómenos de percepción y el movimiento, entre otros. Las lenguas pueden diferir en la distancia de lexicalización sobre el dominio ontológico: en kobon hay un verbo que se usa para todas las percepciones; en cambio, en samoano tenemos lexicalizaciones de percepciones muy concretas, como *poapo* 'olor a pescado'.

El lexicón tiene una organización mental multiestructurada, pues, por una parte, se organiza como un reflejo de lo ontológico y, por otra, tiene su propia arquitectura interna. En esta última, además de cuestiones más conocidas como hiperonimia e hiponimia, incluye la relación entre merónimos y holónimos, que recogen una distinción reciente en la lingüística pero que tienen una gran capacidad explicativa para la función cognitiva del léxico.

La consideración del lenguaje como un instrumento lo sitúa muy lejos de esa imagen del léxico como un mosaico que de forma homogénea recubre la realidad. Al contrario, considera el autor que la cobertura del mundo que el lexicón de una lengua nos ofrece es necesariamente parcial e irregular: las palabras cubren el mundo como un tejado irregular y defectivo, hay zonas más densamente cubiertas que otras. Ninguna lengua del mundo cubre con el mismo detalle todos los ámbitos. Lo cultural tiene una gran influencia: la lengua hanunó (de Filipinas) tiene noventa palabras diferentes para el arroz. Todo estudio léxico-semántico ha de partir de un planteamiento ontológico, pues la forma lingüística no es ajena a la naturaleza ontológica de los dominios simbolizados mediante el lenguaje; pero sin olvidar que la lengua elabora la realidad: es lo que llama la poliscopeia lexicacional. Las lexicalizaciones pueden ser más simples o más complejas. La primera escisión ontológico-cognitiva es la que se da entre entes y eventos. A su vez los diferentes tipos de entes pueden estar en correspondencia con determinados dominios ontológicos. La combinatoria sintáctica supone pasar del signo holístico a la comunicación modular, y esto nos permite recuperar análisis de la realidad no encapsulados en lexicalizaciones.

Los capítulos ocho y nueve tratan de cuestiones más relacionadas con la gramática, vistas, como en toda la obra, en su conexión con la realidad ontológica. Una vez que se crea una distinción categorial que refleja alguna característica objetiva de la realidad, esta distinción tiende a generalizarse de manera mecánica a un gran número de lexemas. Las categorías gramaticales son factorizaciones de los rasgos ontológicos más repetidos. Esto ocurre con el número, el género y los diferentes tipos de clasificadores. La distinción singular / plural es frecuente, pero no universal: en papayo, hay nombres de masa, nombres de agregados y nombres de entes indivi-

duales. La distinción de género aparece en muchas lenguas, pero no en todas coincide el número y la función de las distinciones: en lak hay cuatro géneros. El clasificador aporta algún rasgo característico percibido o imputado a las entidades con que se asocia: así las lenguas amerindias tienen tendencia a emplear prefijos especiales para objetos redondos; pero pueden variar mucho de una lengua a otra, tanto en su número como en su función semántica. Léxico y gramática no son compartimentos estancos. En tsimshian el número de verbos de movimiento es pequeño; pero, dado que existe un número muy grande de elementos adverbiales que modifican la idea verbal, el resultado es la posibilidad de crear un gran número de expresiones (esta igualación de esquemas sintácticos con lexicalizaciones nos parece especialmente acertada). En algunas lenguas esquimales hay palabras plenas que funcionan también como morfemas. Es imposible prever lo que una lengua puede llegar a morfologizar: en tuscarova hay un morfema acumulativo que indica que la acción se hace mientras se anda.

También en relación con la gramática está la reflexión sobre las clases sintácticas de palabras, que plantea la discutida universalidad de las partes de la oración; en contra de la opinión de algunos, se inclina el autor por la capacidad universal de distinción entre entes y eventos, aunque el lenguaje acabe imponiendo una clasificación que no tenga correspondencia ontológica en todos los casos. La distinción nombre / verbo se encuentra, al menos parcialmente, en todas las lenguas; y para ello aporta una justificación biológica. Las clases de palabras vienen a ser una especie de «tallas» o «medidas» impuestas a la realidad.

La observación de cómo las lenguas analizan de manera diferente la realidad desemboca de manera natural en la reflexión sobre «el lenguaje y la visión del mundo», de carácter claramente etnolingüístico. Después de ofrecernos una breve síntesis del estado de la cuestión, que va desde los románticos alemanes hasta los estudios más recientes, pasando por la corriente de pensamiento representada por Boas, Sapir y Whorf, expone la manera en que en diferentes lenguas se construyen lingüísticamente las emociones o la personalidad. Las relaciones entre pensamiento y lenguaje que se dan entre los pueblos primitivos no coincide con la que manifiestan las lenguas de cultura: el lenguaje es necesario para el pensamiento, y el lenguaje abstracto es necesario para el pensamiento abstracto. Cada lengua tiene sus peculiaridades en deconstrucción o construcción de la realidad: en español decimos *la piedra cae*, pero en notka dicen algo así como «ello pedrea hacia abajo»; la lengua poma tiene una serie de palabras para «correr alrededor» y para «sentarse»; en haida el verbo «pegar» debe precisar, entre otras cosas, si el golpe se efectuó con la punta del pie, con el pie plano, etc. En definitiva, siguiendo a Cassirer, afirma Juan de D. Luque que para el hombre las cosas del mundo no son lo que son objetivamente, sino cómo las ve y cómo las piensa; y esto se realiza fundamentalmente a través del lenguaje.

Finalmente, en el último capítulo, desarrolla una introducción a un modelo general de captación, conceptualización y reportación lingüística de la realidad. La

idea básica es que las lenguas pueden expresar determinados contenidos semánticos por medios léxicos, por medios morfológicos o por medios sintagmáticos. La información puede estar más o menos «encapsulada» dentro de los lexemas o puede estar organizada en módulos separados; así, por ejemplo, los participantes y circunstancias de los verbos se pueden lexicalizar o morfológizar de diferentes formas en las lenguas: así, en wolof, el verbo *soukh* incluye o lexicaliza la información sobre Manera, pues significa 'arrancar pelos con violencia'.

A modo de síntesis valorativa, es necesario reconocer dos aspectos especialmente destacables, por los que consideramos que es un libro de obligada lectura para acercarse al conocimiento de cómo las lenguas, por medio del léxico, organizan cognitivamente el mundo. El primero es la consideración del lenguaje en su naturaleza instrumental, que es lo que lo constituye como tal: el lenguaje como interfaz, como forma de organizar mentalmente los *realia*. Es un tema recurrente en el libro y lo distancia de otros enfoques lingüísticos más abstractos y formalistas. El segundo es la enorme cantidad de documentos utilizados para un trabajo en el que, como decíamos, predomina el enfoque tipológico. Son muchos los tratados de teoría lingüística citados, pero son mucho más numerosos los estudios sobre las más diferentes lenguas del mundo manejados, de todos los continentes y de todas las latitudes. El número de lenguas utilizadas es realmente muy elevado: algunas son conocidas directamente por el autor; para otras muchas utiliza los trabajos de diferentes estudiosos. La dificultad para el lector, que conlleva la utilización de muestras de lenguas tan diversas, es que frecuentemente nos asalta la duda de si la interpretación propuesta por el estudioso de cada una es la más adecuada.

FRANCISCO OSUNA GARCÍA
Universidad de Córdoba